

## NOTAS Y DOCUMENTOS

---

### *Clausura del Tercer Taller de Escritores*

Con un acto académico efectuado en el auditorium de la Escuela de Educación, fue clausurado el Tercer y último Taller de Escritores de la Universidad.

El Taller de Escritores, Los Diez, fundado con la iniciativa y dirección del escritor y catedrático Fernando Alegría, en 1960, funcionó durante tres años, con diez becados cada vez, en los diferentes géneros literarios. Durante 1960 y 1961 fue dirigido por el propio Fernando Alegría y en 1962-63, por el dramaturgo Sergio Vodanovic. Actuaron como asesores, los señores Gonzalo Rojas en poesía, Alfredo Lefebvre en ensayo, Hernán del Solar en novela y Sergio Vodanovic en teatro. Como Coordinador General, actuó el poeta Braulio Arenas.

En el último período de trabajo (1962/1963), trabajaron como becarios los siguientes escritores: José Donoso, Hugo Correa y Antonio Avaria en novela; Edmundo Palacios y Jaime Giordano en ensayo; Alberto Rubio y José Miguel Vicuña en poesía, y Mario Cruz y Alejandro Sieveking en teatro.

En el acto de clausura hicieron uso de la palabra el Rector de la Universidad, Dr. Ignacio González Ginouvés; el Director del Taller, Sergio Vodanovic; el Coordinador General, Braulio Arenas; el becario Antonio Avaria, y el Director Fundador, Fernando Alegría.

Damos a continuación los textos de los discursos de los señores Ignacio González y Fernando Alegría.

#### *Discurso del Dr. Ignacio González Ginouvés, Rector de la Universidad*

Así como fue muy grato para mí asistir el 5 de noviembre del año pasado a la inauguración de este Tercer Taller de Escritores, me resulta muy placentero acompañarlos en esta reunión, en que se pone término a sus labores.

Una Universidad debe ser cuna y fuente de inquietudes. Aunque los progresos de las ciencias exactas y cierta tendencia utilitaria que, felizmente,

va revistiéndose de humanismo, han procurado arrastrar las preocupaciones universitarias hacia campos más prácticos e inmediatos, en esta pequeña y modesta Casa de Estudios, por tradición que dejaron los que la formaron, las preocupaciones netamente intelectuales, literarias y humanistas, no han perdido jamás su vigor.

Dentro de la propia línea de la Universidad estuvo, entonces, que la sugestión de Fernando Alegría fuera acogida con tanto interés hace cuatro años atrás, por mi ilustre antecesor don David Stitchkin. Y así se creó el primero de estos tres Talleres de Escritores.

Su vida, sometida a los azares de la inseguridad de sus medios de sostén, no ha sido sin incertidumbres. Sus resultados, en cambio, han sido una realidad tangible, fuente de satisfacción para quienes los han dirigido y para la Universidad que los ha cobijado.

Para la Universidad ha sido motivo de sincera satisfacción el haber podido mantener, con el generoso auxilio de la Fundación Rockefeller, este contacto vivo entre el ambiente académico, propio, y las fuerzas nuevas y pujantes de la inquietud literaria del país, durante tres períodos. Porque son Uds., señores, si no todos, una significativa y genuina muestra del grupo de jóvenes escritores que, no sin sacrificio y extraordinaria vocación, están abriendo nuevas brechas y colocando nuevos hitos para el porvenir literario de nuestra patria.

Por eso ha resultado grato para las autoridades universitarias ir sabiendo de las actividades y progresos de este Tercer Taller de Escritores, tanto en las reuniones que semana a semana realizaban Uds. con hermoso afán, en Santiago, como en las que celebraron aquí con motivo de nuestra Escuela de Verano y que han realizado en algunas otras ciudades de la región.

Pero junto con celebrar vuestra devoción, vuestra vocación y vuestro esfuerzo y entusiasmo, debo también destacar los no menores que han demostrado Sergio Vodanovic como Director del Taller; Braulio Arenas, entusiasta animador de vuestros coloquios, y nuestros profesores Gonzalo Rojas y Alfredo Lefebvre, que han actuado de asesores de singular jerarquía.

Creo, señores que han cumplido Uds. una feliz y estimulante tarea. No me cabe la menor duda que este contacto, que este intercambio de ideas e impresiones, que este recibir el consejo y la crítica de aquellos más viejos que Uds., que saben más que Uds., ha sido provechosísimo para vuestra formación, y será determinante para la calidad de vuestra producción literaria. Si valor tenían Uds. como para ser llamados a formar parte de este grupo, es indudable que este valor, como planta bien regada, ha adquirido más brío y lozanía durante estos meses de trabajo sistemático, en un ambiente cordial y estimulante.

No soy el llamado a hacer el recuento en detalle de lo que habéis logrado. Pero estoy bien informado de lo que entre Uds. ha pasado y de lo que cada uno de Uds. incuba en su cerebro creador al término de esta muestra de labor fecunda.

Termina el Taller; y es probable que como todos los años, los que quedamos preguntemos: Bien, ¿y ahora qué? Espero, sin embargo, que estas pala-

bras no sean el responso fúnebre del último de los Talleres de Escritores de la Universidad de Concepción.

No soy amigo de comunicar proyectos que pudieran no realizarse; pero sin quebrar este principio, puedo descubrirles mis pensamientos, mis intenciones. Y ellas son de que no es posible que una iniciativa tan útil y fructífera, que ha vivido tres años, pueda morir sin dejar huella ni sucesión; y de que debemos preocuparnos de buscar, aunque ello nos tome algún tiempo, la manera de continuar esta labor y de darle vida perenne. No tenemos todavía planes precisos. Pero a través de una larga vida he aprendido que la mitad de una realidad es la voluntad de conseguirla. Y esta voluntad existe entre nosotros, podéis estar seguros.

Y ya que de pensamientos hablamos, y de deseos, quiero contarles otra cosa que no deja de tener relación con los afanes de Uds. Conversábamos ayer con algunos de los aquí presentes sobre las dificultades que se sufren en Chile cuando se quiere publicar o editar cualquier cosa; y sobre el aislamiento intelectual que nos está creando la falta de una industria editorial chilena importante; y las dificultades para importar libros.

Todos los que piensan y los que aman las letras en Chile, están preocupados del asunto. Pueden Uds. comprender que esta preocupación se acrecienta en un Rector que tiene por especial feligresía a un mundo, un pequeño gran mundo, en que la palabra escrita es el vehículo, básico y único, de conocimientos y de comunicación.

Tampoco está a nuestro alcance la solución de este problema. Pero sí lo está, como lo hemos hecho, sugerir algunas soluciones que permitan aliviarlo en parte, siquiera, mediante la unión cooperativa de todas las Universidades del país.

Al pertenecer al Taller, señores profesores y señores miembros, han sido Uds. nuestros huéspedes y, en cierta forma, han integrado nuestra familia universitaria. Se ha creado, de partida, entre Uds. y nosotros, un vínculo que podrá no ser muy fuerte, pero que es grato y delicado. Quisiera que Uds. no lo olvidaran, así como nosotros no lo olvidaremos.

Por eso mismo, cuando en las letras nacionales el nombre de Uds. vuelva a brillar con el fulgor que se merece, nos sentiremos halagados, y pensaremos que nuestra hospitalidad permitió que ese brillo tuviera un poco más de fulgor.

Así como agradezco a los señores Vodanovic, Arenas, Rojas y Lefebvre, y para qué decir a don Fernando Alegría, su ayuda, su interés y su devoción, quiero desear para todos Uds., los alumnos integrantes de este Taller, mucho éxito en sus futuras actividades literarias.

#### *Discurso de Fernando Alegría*

Alguna razón, un tanto obscura y misteriosa, pero muy fuerte, includible, diría yo, me impulsa a rehuir toda solemnidad en esta ocasión y a volverme hacia una zona íntima, personal, para dejar frente a ustedes y frente a mí

mismo, la memoria de un episodio que, incuestionablemente, ha hecho una huella imborrable en nuestra vida y en la historia de la literatura chilena de los últimos años. Será esto porque en mi faena de escritor recelo de las fórmulas académicas y siento pavor de que la experiencia vital se transforme en institución.

En cambio, solo y febril y obsesionado como suele pasar en el transcurso de su faena el escritor apreció debidamente la oportunidad de dar un sentido de aventura a lo que pudiera transformarse en rutina. Por eso, reacio a la especulación prefiero hacerme ante ustedes esta simple y directa pregunta: ¿Qué puede decir un escritor desde una tribuna universitaria? Y contestar con sinceridad: en mi caso y en esta Universidad, *todo*. Y en esta afirmación se encierra la conclusión básica de mi experiencia como Director de los Talleres de Escritores de la Universidad de Concepción. Porque tengo el convencimiento de que no hay otra institución universitaria en Chile y habrá pocas en América, que se hayan identificado tan honda y esencialmente con las funciones del escritor y las proyecciones sociales de la creación literaria, como la Universidad de Concepción. Y esto ha sido el producto de una relación genuinamente humana, al margen de todo convencionalismo. A consecuencia de este hecho el escritor chileno de mediados de este siglo ha llegado a integrarse como elemento esencial del sistema universitario. Podemos decirlo con orgullo y repetirlo seguros de que, en cierto modo, marcamos rumbo adelantándonos a otras naciones de más extensa tradición cultural.

He dicho la palabra orgullo y pienso en las ocasiones en que he visto el nombre de esta Universidad citado como ejemplo de organismo de cultura al servicio de la investigación y la discusión libre, al servicio de la creación artística y de la dignidad profesional del hombre de letras, gracias precisamente a los Encuentros de Escritores y a los Talleres que hoy venimos a clausurar.

He visto con emoción los afiches del primer Encuentro de Escritores en el pintoresco sótano de la librería City Lights de San Francisco, frente a la expresión admirada de escritores jóvenes norteamericanos que soñaban con ser invitados alguna vez a "Conception" sabiendo que aquí habían estado ya Ferlinghetti, Ginsberg y Bourjaily. He recibido consultas desde Bélgica, desde Francia, desde Inglaterra, desde España, desde los países soviéticos, sobre los Talleres de la Universidad de Concepción; cartas de personas profundamente interesadas en nuestro experimento, ansiosas de servir y de ayudar. He visto el nombre de esta Universidad agitado como un penacho en revistas de la Argentina, del Uruguay, del Perú, de Cuba, y expuesto como un emblema por las voces ilustres de Sábato, Roa Bastos, Argüedas, Agosti. Lo he visto candente en el vértice de dramática polémica en las páginas de una revista mexicana en que disputaban Alejo Carpentier y Carlos Fuentes contra Frank Tannenbaum. Y he concluido que la palabra orgullo es legítima en este caso, que para nosotros, escritores chilenos que hemos conquistado una dignidad básica en el desempeño de nuestra función y una tribuna libre y responsable

bajo el amparo de esta casa universitaria, se justifica plenamente la satisfacción que sentimos en un papel que resulta ser pionero.

¿Qué es exactamente el concepto que afirma este sentimiento y que tan espontáneamente encuentra eco en las nuevas generaciones intelectuales de otros países? ¿En qué sentido puede afirmarse que la Universidad de Concepción ha señalado rumbos y participa de un movimiento de ideas característico de la cultura contemporánea?

Permítaseme ilustrar mi respuesta con algunas observaciones de carácter autobiográfico. No se hasta qué punto interpreto el sentir de mi generación, pero presiento que no estoy muy lejos de ello, si digo que nos formamos intelectualmente en un instante de crisis y bajo la inminencia de un grave peligro para la cultura humanística de nuestro país. Factores económicos y políticos impulsaban en un momento dado a nuestras instituciones universitarias por un camino de peligrosa imitación del tecnicismo anglosajón. En el instante mismo en que las más prestigiosas universidades, tales como la de Harvard, por ejemplo, patiocinaban un retorno a los valores de la enseñanza humanística ante la monstruosa deformación que había acarreado el excesivo énfasis de la educación científica especializada, en nuestro país, respondiendo sin duda a necesidades reales pero no suficientemente analizadas en sus raíces y en sus proyecciones, la misión universitaria se orientaba más y más hacia el dominio de la técnica en desmedro de lo humanístico. Esto lo sentimos todos quienes pasamos por aulas universitarias en la primera mitad de este siglo y particularmente en los años que siguieron a las dos guerras mundiales. Lo sentí yo especialmente porque a la experiencia universitaria chilena añadí la norteamericana. Para quien tenía vocación literaria o artística esa crisis adquirió una urgencia dramática. La gloriosa generación chilena del centenario, en cuya obra se encierra una de las aventuras espirituales más hermosas de toda América, llegaba al fin de su jornada: Prado, d'Halmar, Gabriela Mistral, Barrios, Latorre, Santiván, Huidobro, desaparecían en la bruma de una lírica leyenda. El vigoroso grupo de impresionistas del año trece apagaba ya sus violentos colores para observar el acto de deshumanización de los abstractos: Juan Francisco González, Pablo Burchard, Ortiz de Zárate, Carlos Alegría, Rafael Valdés, pasaban a ser nombres de museo; y callaban nuestros músicos sentimentalmente folklóricos: Los Allende, Leng. La admirable generación de filólogos, historiadores y educadores del Instituto Pedagógico: Hansen, Lenz, Laval, Letelier, era ya monumentos en los fríos corredores del viejo edificio de Alameda.

¿Qué iba a suceder en nuestras universidades? ¿Cómo iba a rescatarse la herencia humanística de nuestros universitarios de fin de siglo ante el alud del experimentalismo y pedagogismo que nos llegaba envuelto en flamantes doctorados de la Universidad de Columbia? Algo comenzó a ganar cuerpo en las aulas universitarias de nuestro país y ese algo fue identificándose con similares corrientes del pensamiento europeo y norteamericano. Supongo que algunos lo reconocieron como una voz de alarma, otros como voz de partida. Confieso que en mi caso lo reconocí, sin particular sorpresa, más bien como el aire que respiro, con ciega aceptación fatalista. Reconocí mi

oficio temprano: entré con el mundo de la creación y de la investigación literaria consciente de que no era mi destino encerrarme entre cuatro paredes y cubrirme de cenizas, sino por el contrario, de que me tocaba en suerte vivir la aventura de un nuevo renacimiento, de un humanismo tan actual, tan dinámico y tan heroico como el de siglos pasados, que iría por las plazas del mundo, por las universidades y por las cortes, comunicándome y realizándome en el acto de la creación, rodeado de testigos, quemándome en la llama de la noble polémica, compartiendo con poetas, novelistas, ensayistas, dramaturgos, pintores, escultores, músicos, tanto como filósofos y científicos, un destino que tornaba la obligación en natural impulso creador.

Pudiera uno decir que la poesía volvió a establecer el equilibrio entre la aventura y el orden; en otras palabras, defendió al hombre contra su propia caricatura. Pudiera agregarse que los poetas hoy, como en la época del Renacimiento, han salido a los caminos y, recorriendo el mundo, dan sentido espiritual, vale decir, orientación, grandeza y belleza, a la revelación de la ciencia.

Por eso han llegado los escritores a la universidad, digo, los creadores. No como figuras decorativamente inútiles, sino como lo que son y deben ser: creadores. Creadores de aventura, de angustia, de duda, de rebeldía, de verdad. Creadores de perspectiva, de múltiples dimensiones, tanto de inseguridad como de confianza, creadores de desesperación tanto como de fe. Por eso los creadores enseñan en las universidades del mundo actual: no poesía ni novela ni teatro, porque eso no se enseña, sino la experiencia de la poesía, la experiencia de la novela, la experiencia del teatro, eso que es individual y que sólo puede exponerse ante el discípulo como una herida o como una llaga.

Así también llegamos los escritores chilenos a esta casa universitaria. Un rector y un poeta, pendientes de esa pugna dramática en que el humanista alzaba su voz para defender al hombre del galope de los rinocerontes de Ionesco, construyeron la custodia y se la brindaron defendiéndola con las palabras del filósofo Molina: "Por el desarrollo libre del espíritu".

Ese Rector era, en el fondo, un poeta de la acción, un constructor, un vigía. Educado en la devoción a las artes dramáticas comprendía y respetaba todas las artes. En su compañero descubrió inesperada fuente de energía: he aquí un hombre de interior violentamente estremecido, como la tierra donde vive, duro y tenaz, claro en su devoción humanitaria, hombre con rumor de colmena, que defiende la libertad intelectual y en tal apostolado fundamenta su propia poesía.

Juntos, el Rector David Stitchkin y el poeta Gonzalo Rojas, convocaron a los escritores chilenos en 1958 y en un acto de significación histórica abrieron el camino en Chile a un nuevo concepto de la función del escritor en el organismo universitario. Para mí ese verano de 1958 fue decisivo. Sin cortar jamás las raíces intelectuales y emotivas con mi patria habíame mantenido, sin embargo, ligeramente al margen de su realidad literaria más inmediata. Me encontraba en Santiago a punto de regresar a los Estados Unidos cuando Nicanor Parra me transmitió una invitación de Gonzalo Rojas a concurrir al Primer Encuentro de Escritores chilenos. Acepté sin vacilación y desde la primera asamblea reconocí que esa crisis

humanística, prevista en años anteriores, entraba aquí en Concepción a un período de vital agonía, dando un resplandor memorable en el cual caía calcinada una época y brotaba de las brasas otra nueva.

El escritor chileno emergía a un plano de creación en contacto directo con su pueblo, a través de su universidad y entraba a participar en una labor histórica de proyección nacional. Oyendo a esos escritores, participando en los debates literarios, políticos y filosóficos, sentí que así, acaso, en un ambiente de tal vuelo y de tanta intensidad espiritual, habían contribuido a forjar nuestras instituciones culturales y sociales los escritores chilenos del siglo XIX, los Lastarria, los Lillo, los Bello, los Blest Gana, los Amunátegui, los Arteaga. Me sentí transportado por un arranque de entusiasmo y respondí con frases casi eufóricas en un trabajo que titulé, con toda intención, *Resolución de Medio Siglo*. Lo que no dije, porque era difícil decirlo en esos momentos, fue que al margen de pronunciamientos, votos y exclamaciones, veía yo ahí el resurgimiento del espíritu humanístico tradicional chileno, fortalecido por los principios de responsabilidad social, de libertad y dignidad intelectuales que son el producto de la ideología democrática de nuestro siglo.

La Universidad de Concepción se renovaba adoptando una novedosa estructura de Institutos Básicos de índole científica y, en esos instantes, cuando el observador casual pudiera haber sacado erróneas conclusiones, el Encuentro de Escritores volvía a reafirmar el prestigio fundamental de la creación artística, el valor insustituible de la aventura del espíritu frente al prestigio de las técnicas mecánicas, y en ello se proclamaba muy firmemente una concepción unitaria e integral de la cultura, reconociendo los valores de la ciencia, del arte y la filosofía, vale decir, de un auténtico humanismo universitario.

En Encuentro de Escritores Americanos celebrado en enero de 1962 no hizo sino reafirmar esta posición proyectándola ahora hacia el plano internacional. Quien haya seguido el curso de las conferencias y torneos intelectuales realizados en centros eminentes del mundo occidental a través de los últimos años, tendrá que reconocer que ese Encuentro realizado en Concepción sobre un tema general titulado *Imagen del Hombre* es uno de los acontecimientos más notables y de más dramáticas consecuencias para las relaciones del creador literario y del investigador científico en el campo universitario actual. Esta conclusión no la hemos sacado nosotros solamente, sino que fue expuesta por sabios y escritores europeos y americanos que a él asistieron.

No puedo olvidar, por otra parte, que fue durante el Encuentro de 1958 cuando la semilla del Taller de Escritores quedó sembrada. Recordarán ustedes la publicidad que se dio a ese proyecto en la prensa del país entero. Abundaron los comentarios: entusiastas, escépticos, elogiosos, negativos. Antes de que el Taller comenzara a funcionar debí trenzarme en acaloradas polémicas. Gente había, particularmente entre periodistas y escritores reacia a comprender la finalidad del Taller. ¿Es un taller de posturas? me preguntaba alguien, porque si así fuera, puedo recomendarle

a cierto escritor amigo mío que lo necesita mucho... El error más común era pensar que en nuestro Taller íbamos a enseñar a escribir, a dar cursos sobre cómo hacer novelas de gran venta o dramas de mucho éxito. Se confundía nuestro Taller con los *work-shops* norteamericanos donde, como ustedes saben, por un precio módico se enseña a escribir novelas históricas al estilo de *Gone with the Wind*, o dramas sicalápticos al estilo de *The Rose Tattooed*. De poco servía que yo insistiera en mis fines fundamentales: no vamos a hacer una escuela de futuros *best-sellers* decía yo, no pretendemos enseñarles gran cosa a nadie. No. Nuestro fin es muy distinto y muy sencillo: queremos que el escritor joven, asediado por problemas económicos y que descuida su vocación venga a la universidad y que durante un año se dedique a escribir, con exclusión de toda otra cosa, a escribir y terminar una obra de creación. Durante el tiempo que pase con nosotros tendrá ocasión de leer su trabajo en reuniones de seminario y escuchar las críticas que se le hagan. Nadie le exigirá nada. Podrá o no beneficiarse de esta experiencia en común. Dependerá de su propia actitud. Lo que sí hará, pues ese es su deber, es escribir y nada más que escribir.

Decir que el Taller fue un éxito es poco. Al primero en 1960 optaron alrededor de setenta candidatos. Antes de que concluyera, la Fundación Rockefeller que se había impuesto de nuestro trabajo por una crónica de Raúl Silva Castro, nos donó la suma de diez mil dólares para extender ese primer Taller. El Directorio de la Universidad nos siguió prestando su entusiasta apoyo y, cuando llamamos a concurso en 1961 recibimos más de sesenta solicitudes. La donación de la Fundación Rockefeller se renovó en 1962 y el Rector Ignacio González Ginouvés acogió favorablemente al Tercer Taller.

Nuestro llamado encontró eco de norte a sur del país, entre escritores de todas las edades y de todas las condiciones sociales. Desde los campos del sur hasta las minas del norte: recibimos solicitudes de estudiantes de liceo y de universitarios, de obreros, de comerciantes, de carabineros, de profesores, de gañanes, hasta de presos. En cada rincón del país apareció un escritor con su obra inacabada. Y a todos quisimos escuchar.

De acuerdo con nuestras intenciones de exponer a los jóvenes becados a la crítica directa y franca de escritores de prestigio nacional, asistieron a nuestras reuniones:

Manuel Rojas, Raúl Silva Castro, Luis Merino Reyes, Fernando Debessa, Daniel Belmar, Hernán Poblete Varas, Enrique Bello y Agustín Siré. Todos ellos participaron activamente en las discusiones y algunos relataron después sus impresiones en crónicas y artículos.

La organización misma del Taller fue en extremo sencilla: funcionamos con un Director que, en 1960 y 1961 fui yo y en 1962 Sergio Vodanovic; un Coordinador General, Braulio Arenas; un Asesor de Poesía, Gonzalo Rojas; otro de novela, Hernán del Solar; otro de Teatro, Sergio Vodanovic, y uno de ensayo, Alfredo Lefebvre. Los escritores viajaron, la mayor parte de las veces, a Concepción para asistir a las reuniones semanales y a otras ciudades como Chillán, Los Angeles, Lebu y Valparaíso para realizar se-

siones de lectura en público. Además se llevaron a cabo innumerables programas de radio, un recital de poesía, dirigido por Braulio Arenas, en el foro de la Universidad de Concepción y un programa de televisión en Santiago.

He dicho que los Talleres fueron un innegable éxito. Permítaseme fundamentar esa aserción. He aquí una nómina de las publicaciones y distinciones de los miembros de los Talleres ya finalizados:

#### *Primer Taller 1960*

- Novela y Cuento:* Cristián Huneeus, *Las Dos Caras de Jano*, Editorial del Pacífico, 1962.  
 Enrique Lihn, *Huacho y Pochocha*, Atenea, 1962.
- Poesía:* Miguel Arteche,
- Teatro:* José Chesta, *El Umbral*, Premio Alerce 1961.
- Ensayo:* Mario Ferrero, *Premios Nacionales de Literatura*, Zig-Zag, 1962.  
 Jorge Teillier, *Romeo Murga, poeta adolescente*, Atenea N° 395, 1962.

#### *Segundo Taller 1961*

- Novela y Cuento:* Luis Vuilliamy, *Juan del Agua*, Zig-Zag, 1962, Premio Alerce 1962, Gabriela Mistral 1962 y Mauricio Fabry, 1962.
- Poesía:* Efraín Barquero, *El Regreso*, Universidad de Concepción, 1962.
- Ensayo:* Jaime Valdivieso, *Carlos Sepúlveda Leyton, vida y obra*. Premio Alerce, 1962.
- Teatro:* Raúl Ruiz, *Dúo*, Compañía de Los Cuatro, Santiago, Concepción, Punta Arenas, 1962.  
 Juan Guzmán Améstica, *Wurlitzer*, seleccionada para optar al Premio Anual del Instituto Internacional del Teatro, UNESCO, París, 1962.

Al enumerar estos premios, estas ediciones tan bien recibidas por la crítica y el público, pienso en cuántos escritores chilenos jóvenes hay en estos momentos esperando la oportunidad de ser reconocidos. Es posible, como alguien ha dicho, que los Talleres de la Universidad de Concepción congregaron ya a la plana mayor de la literatura joven chilena del medio siglo, es decir, a los escritores de quienes saldrá nuestra expresión literaria en los diez o veinte años por venir. Puede ser. Pero basta con que un escritor de talento, uno solo, haya quedado anónimo entre los jóvenes, para que consideremos nuestra obra incompleta,

¿Hemos establecido una norma? ¿Se ha hecho más fácil para el escritor joven entrar a las grandes editoriales comerciales y llegar al público lector? Lo dudo. Pero aun cuando estos fines de significación práctica inmediata no se hayan logrado, nuestros escritores jóvenes si ganaron un sentido de dignidad y de responsabilidad profesional, supieron por algunos meses lo que significa la dedicación total al trabajo creador. Para todo aquel que llevó durante meses, tal vez años, el trozo de novela en el bolsillo, angustiado por el sentimiento de urgencia creadora y frustrado por la hostilidad del ambiente que le impedían completarla, para el escritor joven cargado de títulos de obras que nunca escribe, para el afligido velador nocturno, lleno de deudas y obligaciones, mudo y seco frente al cuaderno en blanco, para todos ellos nuestro Taller llevó una esperanza: ese don de tiempo para crear y ese sitio de dignidad dentro del mundo universitario, fueron las mayores conquistas que los Talleres de la Universidad de Concepción legaron a los escritores chilenos.

En esta obra, bien lo sabemos todos, se reveló el milagro del trabajo en común de buenos y talentosos compañeros. ¿Qué hubiera podido lograr yo sin la imaginación brillante y la voluntad firme y decidida de Sergio Vodanovic, o sin la diplomacia y la bizarria de mosquetero de Braulio Arenas, o sin la opinión sagaz y documentada de Alfredo Lefebvre y el equilibrio sabio de Hernán del Solar? ¿Qué podría haber hecho sin el apoyo sereno y firme y la concepción profunda de Gonzalo Rojas? ¿Qué sin el consejo ecuanime y cordial de Rodolfo Zañartu y la protección magnánima de los Rectores Stitchkin y González? Todos ellos y los escritores mismos fueron artífices de esta empresa tan querida. El recuerdo de ellos —una ola cálida de amistad, una ligera impresión de luces en la sala algo arruinada de la vieja Casa Central, una sensación de zozobra no ajena al terremoto, una mesa larga de última cena en Los Copihues, algún rostro colérico, alguna dulce sonrisa, cierta ternura infantil que ya pertenece a un rostro muerto—, me acompaña con mucha realidad en estos momentos.

Y pensando en ellos, pensando en la huella que hemos estampado en un instante de la literatura chilena, hoy, en este acto de clausura, que quisiera imponérseme como el ocaso de una empresa literaria, siento la tentación irresistible de hacer un acto de fe optimista: de pronosticar que los Talleres no se acaban, que en un momento dado, en alguna parte, reaparecerá el Taller de Los Diez, acaso como elemento integral de un Instituto de Literatura, en el cual el trabajo de creación se aúne armoniosamente al estudio y a la investigación de nuestra literatura chilena y al que puedan llegar el escritor joven y el escritor injustamente postergado con la tranquila esperanza del hijo pródigo.

En la seguridad de este anhelo quiero, entonces, hacer como el maestro de oficio quien, por ausencia necesaria, cuelga en la puerta de su taller un letrero que dice: *Cerrado*, sabiendo que volverá a abrirlo en algunas horas.

*Discurso pronunciado por el Jefe del Departamento de Historia y Geografía, señor Augusto Vivaldi, con motivo del Acto Inaugural de la Semana de Historia y Geografía*

(22 al 27 de abril)

Hablo en representación de mis compañeros, los profesores, y personal que desarrolla lo mejor de su labor en nuestro Departamento. Al hacerlo, cómo desconocer que la forma discursiva lleva implícita juicios de valor, en cuya búsqueda agota casi siempre el hombre su existencia permanentemente renovada.

Correlativamente pensamos que toda circunstancia, estado o situación, encierra en sí un significado cuyo delineamiento o comprensión corresponde siempre a una expresión de la conciencia histórica.

Conformada así nuestra inquietud, era natural que buscásemos en la especificidad de nuestra labor docente la forma más auténtica de considerar los cinco años de existencia de nuestro Departamento.

Al disponernos con voluntad y afecto a elaborar la forma de nuestro pensar y sentir, veíamos que nuestra conciencia problemática se enriquecía con numerosas interrogantes. Penetramos en el pasado cuando evocamos los primeros instantes de este Departamento y generábamos la síntesis, al preguntarnos casi en fronteras existenciales sobre el destino de esta comunidad.

Entendemos que desde nuestros inicios fuimos un ente; su singularidad no sólo surgió como expresión de una política universitaria del Rector Stitchkin, del Decano Cánivas y del Director Martínez, sino que además fue una existencia vital, una necesidad sentida de vastos y profundos sectores de la vida cultural de la región.

Tomando vida con la existencia de nuestros primeros alumnos, en 1958, aspiramos desde el primer momento a objetivar los propósitos de estas fuerzas, las cuales, actuando en planos diferentes, convergían hacia la conversión de esta realidad única, como es el Departamento. Este impulso vital no ha dejado de estar presente en la iniciación de cada año académico, y si bien es cierto que nuevas exigencias han determinado repensar planteamientos y finalidades, no es menos cierto que los presupuestos iniciales con que nos constituimos han permanecido vigentes. Dable es entonces preguntarse ¿cuál es la naturaleza de esa esencia permanente y de dónde toma su savia vivificadora? Ceemos que sobre cualquier explicación esquemática es más válido un juicio de síntesis; por ello respondemos que esta acción vivificadora y permanente encuentra su expresión y contenido en una auténtica comunidad de intereses de docentes y educandos, cimentado en la búsqueda de la imagen de un profesor que hasta nos parece perfecta cuando en su delineamiento participan el maestro universitario y el educando, que al llegar a nuestras aulas impone en el continuo rehacer histórico su propia perspectiva y la categoriza. Esperamos que no sean simples móviles afectivos los que nos lleven a afirmar que ésta puede ser

uno de los tantos contenidos que nuestro Departamento puede presentar como una característica consustancial a su ser.

Afirmamos tener una individualidad y al decirlo no queremos ser mal interpretados. Muy lejanos a nuestros principios de tolerancia y respeto está el entender esta individualidad en relaciones de competencia; muy por el contrario, pues somos parte de una estructura más amplia y compleja, como es nuestra Facultad. Integrados a ella y en estrecha coordinación con cada uno de sus Departamentos, hemos planteado posiciones que han escapado muchas veces a normas inveteradas, en el bien entendido propósito de que sólo una conducta rigurosa podrá conseguir en nuestra Escuela un alcance que concuerde con la importancia que su función le destina dentro de la jerarquía universitaria. No podría ser de otra manera, corresponde esta actitud a la propia naturaleza histórica de nuestro Departamento.

Lo afirmado dista mucho de tratar de entender que la vida de nuestra Escuela pueda encontrar en un momento, el estado de perfección. Ella es parte de un proceso y aquéllas iniciativas académicas, programáticas o funcionarias que en un instante pudieron satisfacer la conciencia más aguda, no pueden sentirse definitivas por haber logrado la realización de un Departamento. Es forzoso para alcanzar una nueva significación el proyectar previamente una política de la Facultad, que copenetrada del valor de las nuevas modalidades las vigoree en la práctica con tal fuerza y contenido que graviten el delineamiento de una política universitaria, transformando como siempre debió comprenderse, a la Universidad en una de las fuerzas rectoras de nuevas posibilidades nacionales.

La búsqueda de una orientación del Departamento no obedece, por cierto, a una simple exigencia particular, sino que debe entenderse como parte de un todo que necesariamente ha debido ser integrada hacia un concepto de Universidad. Concebimos la vida universitaria dentro de valores permanentes e inalterables pero, al mismo tiempo, no podemos marginarla del devenir histórico: referido el problema a nuestra íntima particularidad vemos la necesidad de hacerla más dinámica, de acrecentar sus especialidades, de entregar posibilidades de perfeccionamiento a sus profesores y egresados, de estimular la investigación y la creación intelectual, de exteriorizar sus pensamientos mediante: el libro, el folleto y la revista, hasta llegar a transformarla en la institución que guarde y difunda los contenidos humanistas frente al embate de una educación tecnológica deformada.

Este concepto de integración unitaria, indispensable para la persistencia y perfeccionamiento de los "altos valores del espíritu" se logra solamente sobre la base de una fusión espiritual de maestros y alumnos.

Nuestra Escuela debe aparecer dentro del mosaico universitario como una porción homogénea, en la cual la inquietud científica del alumno se inspira en la labor del docente, permitiendo el nacimiento de una fuerza atractiva que de una manera permanente llame de nuevo a las aulas a los egresados que ayer la abandonaron.

En este siglo, en que presenciamos un nuevo florecer de las letras, de

la ciencia, del arte y la técnica, los hechos han adquirido una importancia ínfima. No existe mente humana capaz de retener, aún en forma parcial, el número asombroso de hechos que la investigación y el estudio ponen a nuestra disposición. Es imposible hoy, para el hombre, retener siquiera una parte del todo. Nosotros, conscientes de esta realidad, queremos que los alumnos del Primer Año se compenentren desde hoy del concepto de autoeducación. Es prácticamente imposible enseñarle a alguien que no desea aprender y por ende, la mejor manera de conocer, es hacer, participar en conjunto maestros y alumnos en forma activa en la labor diaria. Juntos debemos preocuparnos de crear la atmósfera necesaria para que en cada uno de nosotros nazca una curiosidad infinita por lo desconocido y un deseo imperativo de aprender.

La vívida comprensión de concepto más que el falso aprendizaje de hecho, es lo que debe caracterizar a docentes y alumnos de hoy. Los maestros, egresados y estudiantes, tenemos la obligación de adentrarnos en el terreno de la investigación, porque ésta es la manera que nos lleva a comprender los problemas que nos interesan y es la forma que nos permite proyectar lo sabido, para el bien de otros. La investigación debe ser nuestra actividad más importante, porque por encima de los conocimientos que ella aporta, facilita la unión espiritual de todos y constituye la mejor herramienta para el desarrollo y disciplina de la mente.

Durante cinco años buscábamos afanosamente plasmar estos principios. Realizada nuestra labor en intensa comunidad de intereses por parte del cuerpo docente y alumnado, nos esforzamos por mantenernos al día en el movimiento bibliográfico e investigador. Hemos buscado el diálogo académico en nivel universitario y secundario hasta llegar a ser en este lapso centro organizador de importantes torneos culturales. Hemos buscado, en fin, toda clase de relaciones con aquellas instituciones que promoviendo el intercambio cultural, eleven nuestro nivel profesional y el de nuestros alumnos. Esfuerzos hubo y habrá en este sentido, particularmente, aquéllos encaminados a dar a los educandos mayores posibilidades, conscientes de la enorme responsabilidad que ellos tendrán ante la juventud como maestros y más propiamente, como depositarios de la cultura histórica.

Cinco años de realizaciones efectivas; cinco años que nos permiten mirar con optimismo el futuro.

### *ANIVERSARIO DE LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION*

El 14 DE mayo se celebró el cuadragésimocuarto aniversario de la Universidad de Concepción. El número central de las festividades fue un solemne acto académico que se llevó a efecto en el Teatro Concepción, sala de espectáculos perteneciente a la Universidad.

Presidió el acto el vicerrector de la Universidad, don Juan Bianchi, en ausencia del rector Dr. Ignacio González Ginouvés, que realizaba una gira internacional invitado por diferentes organismos universitarios. Con esta

oportunidad el teatro se vio totalmente lleno y en la presidencia estaban las autoridades civiles, militares, universitarias y eclesiásticas.

Después de la ejecución del himno de la Universidad, cantado por el Coro Universitario, el profesor Manuel Sanhueza Cruz, decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Concepción, dio comienzo a la clase inaugural.

A continuación se hizo entrega de los Premios Universidad de Concepción a los egresados de 1962, cuya nómina es la siguiente:

- Escuela de Agronomía: Omar Ulloa Torres.
- Escuela de Bioquímica: Isabel Fuentes Alister.
- Escuela Dental: Fernando Villena Spuler.
- Escuela de Derecho: Ramón Domínguez Aguila.
- Escuela de Educación:
  - Inglés: RoseMarie Mast Schalchli.
  - Francés: Humberto Valdivieso Arias.
  - Castellano: Marcelo Coddou Peebles.
  - Biología y Química: Teresa Tapia Weibel.
  - Matemáticas y Física: Jorge Guíñez Matamala.
  - Historia: Ricardo Véjar Cortés.
  - Filosofía: Edison Arias Arcos.
- Escuela de Enfermería: Marina Lorent Barra.
- Escuela de Medicina: Vera Wilhelm Perelman.
- Escuela de Ingeniería: Leopoldo Moraga Vega (Ing. Química), Mario Rodríguez Pérez de Albéniz (Ing. Mecánica).
- Escuela de Periodismo: AnneMarie Maack Moller.
- Escuela de Química y Farmacia: Luis Sepúlveda Gallo.
- Escuela de Servicio Social: Ester Grijalba Rodríguez.
- Escuela Politécnica: Víctor Cruz Roa.
- Curso Normal: María Cristina San Juan Marcos.

El egresado de la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales, Sr. Ramón Domínguez Aguila, tuvo a su cargo el discurso de despedida y agradecimiento de los agraciados.

Después de un intermedio, el Teatro Universitario, dirigido por Gustavo Meza, puso en escena "Quién mucho abarca...", obra de Carlos Cariola y Rafael Frontaura.

La Federación de Estudiantes organizó concursos especiales y realizó además una velada bufa y un desfile de carros alegóricos. Esta misma organización universitaria invitó al ex rector de la Universidad penquista, don David Stitchkin, para que dictara una clase inaugural en la Casa del Deporte sobre "Atisbos de un mundo que se asoma".